



Epílogo. La hache de la huelga

LUIS HERNÁNDEZ NAVARRO¹⁶⁶

Manual para incendiar la pradera

En 1999, el mandarinato universitario superó cualquier hazaña previa en el arte de incendiar la pradera de la inconformidad estudiantil, convirtió una comunidad estable en un gran movimiento de protesta, el esmero y la eficacia con la que los funcionarios pumas empedraron el camino del paro que estalló en la UNAM ese año fue de antología.

Los hechos se escalonaron con rapidez, el 11 de febrero de 1999, Francisco Barnés, rector de la UNAM, habló en el pleno del Consejo Universitario, fundamentando la reforma al Reglamento General de Pagos (RGP), tituló su discurso: “Universidad responsable, sociedad solidaria”, su propuesta fue bautizada como “Plan Barnés”.

No se preocupó por construir consensos al interior de la institución, ni siquiera por convencer a la comunidad de la conveniencia de la reforma, puso en marcha un *blitzkrieg*, su lógica fue que más valía pedir perdón que pedir permiso, hizo de la política del descuentón a sus adversarios una máxima, acordó el Reglamento General de Pagos sin mayores trámites.

La iniciativa del rector fue respaldada de inmediato por Esteban Moctezuma y José Ángel Gurría, integrantes del gabinete del presidente Ernesto Zedillo, argumentando que era justa, equitativa y adecuada para dotar de fondos a la institución.

Seis días después, el 17 de febrero, los Consejos Técnicos sesionaron en las escuelas y facultades para apoyar el Plan Barnés, entre el 22 y el 25 de ese mes el 70

¹⁶⁶ Durante el movimiento, profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y articulista del periódico de circulación nacional *La Jornada*.

por ciento de esos Consejos aprobaron elevar las cuotas, el 23, la Comisión de Presupuesto del Consejo Universitario avaló la iniciativa del rector, el 15 de marzo, el Consejo Universitario aprobó el nuevo RGP, en una reunión en la que no se permitió la entrada a muchos consejeros estudiantiles.

El 20 de abril, después de realizar una multitud de asambleas por escuela, paros de 24 horas y movilizaciones, se formó el Consejo General de Huelga (CGH) y se suspendieron labores en 26 de las 36 escuelas.

El Plan Barnés convirtió los derechos en privilegios, inspirado en el principio neoliberal de que el derecho a la educación pública superior no debía ser tal, señaló a quienes la reclamaban como estudiantes que pretendían conservar prebendas, partiendo de que "sólo se valora lo que cuesta", estableció que los alumnos debían pagar sus estudios para esforzarse y apreciarlos.

Con el RGP se transformó la gratuidad de la educación en un acto de caridad o asistencia, el no pago de una parte de la educación universitaria asumió la forma de una especie de limosna o de tarjetas de pobre para excluidos, para ello, se estableció la necesidad de diferenciar a los alumnos de acuerdo con los ingresos económicos de la familia a la que pertenecían.

El nuevo reglamento rompió con la solidaridad intergeneracional, se ofreció a los que estudiaban en ese momento una moratoria de pagos, a cambio de que cerraran los ojos a la factura que tendrían que pagar las generaciones que venían detrás de ellos, la divisa por seguir fue: a ustedes no los tocamos, pero no hagan nada para defender los derechos de los que vienen atrás.

En lugar de luchar por aumentar el presupuesto a la educación, las autoridades universitarias optaron por elevar las cuotas de los estudiantes, no les importó que la educación pública gratuita fuera parte de las funciones redistributivas y compensatorias que el Estado debe asumir.

La nomenclatura universitaria aceptó sin rechistar las recomendaciones del FMI y del Banco Mundial, en su interior privó la lógica de que, si las políticas públicas se diseñaban en los organismos multinacionales para que se implementaran en las colonias, no había más que acatar esas "sugerencias", desde su perspectiva no había ni espacio ni necesidad para reivindicaciones soberanas, al fin y al cabo, parte de los recursos para el funcionamiento de las universidades públicas provenía de los préstamos de esas instituciones.

Para imponer la reforma se creó un clima parecido al de la guerra fría, el mandarinato universitario pareció copiar la "inspiradora" jerga de Díaz Ordaz, invocó el fantasma de la conjura y la manipulación externa, en un primer momento, acusó al

PRD de ser responsable de la inconformidad y de tener intereses inconfesables en el asunto, alertó que un fantasmagórico lobo feroz rojo quería comerse a la pobre Caperucita de la autonomía universitaria.

Divulgó la especie de que los estudiantes eran incapaces de pensar y decidir por sí mismos, según los mandarines, los alumnos de la UNAM no tenían ideas propias, sino que eran manejados por grupos externos que buscaban radicalizar sus posiciones, mientras tanto, los funcionarios se arrogaron la representatividad del verdadero espíritu universitario, según su lógica, la universidad era su burocracia, no sus maestros, estudiantes o trabajadores.

Arrogantes, en un primer momento, minimizaron la protesta, supusieron que, quienes se oponían a sus medidas, eran una minoría –muchos seudoestudiantes– y sus decisiones eran resultado del asambleísmo trasnochado.

Y, ya que el conflicto escaló, apostaron por convertirlo en un asunto penal, criminalizaron a los inconformes, y los amenazaron con ejercer todo el peso de la ley en su contra.

La huelga como conspiración

En el inventario intelectual de los analistas oficiales no pareció haber mucha imaginación para explicar los orígenes de la huelga, según repitieron incansablemente, el conflicto era resultado del complot de las izquierdas, esta opinión fue simultáneamente producto de la incapacidad de comprender la dinámica estudiantil, reflejo de un pensamiento anclado en la guerra fría y, en un primer momento, apuesta por endosar los costos políticos del conflicto al Gobierno de la Ciudad de México, entonces en manos del PRD.

Interrogado sobre las causas del paro, el rector Barnés confesó de a “tiro por viaje” ante las cámaras de televisión, los micrófonos de la radio y las grabadoras de los reporteros su ignorancia sobre el movimiento. “No sé...” se convirtió en su respuesta favorita para a continuación responsabilizar de crear los problemas a grupos políticos que actúan dentro de la UNAM. Encerrados en la torre de marfil de rectoría, quienes impulsaron la reforma al Reglamento General de Pagos fueron ineficaces tanto para tomar el pulso a la comunidad que administraban como para medir los tiempos políticos del país, incapaces de analizar las raíces del problema y de reconocer sus errores, no encontraron mejor coartada que explicar la huelga a partir de la conjura de los radicales.

La teoría del complot forma parte de la cultura política nacional, constituye, junto con la tendencia a ver detrás de cada conflicto social una mera pugna dentro de las élites, el más socorrido recurso para “explicar” las protestas populares, aunque la guerra fría terminó, el anticomunismo en sus distintas variantes sigue disfrutando de cabal salud, los resortes sociales, los circuitos informativos y las inercias de pensamiento que permitieron que campañas como “cristianismo sí, comunismo no” tuvieran éxito, y que en 1956-1960 se satanizara a los maestros del MRM y a los trabajadores ferrocarrileros, siguen aún vivos en la sociedad mexicana, una y otra vez se han echado a caminar en la UNAM, el movimiento del 68, la sindicalización de los trabajadores administrativos y del personal académico, los intentos por reformar desde abajo planes y programas de estudio, la lucha estudiantil del CEU en 1987 fueron, de acuerdo con las versiones oficiales, acciones desestabilizadoras de organizaciones de izquierda.

La teoría de la conjura floreció en el campo fértil de una sucesión presidencial adelantada, y de la intención de la burocracia universitaria y del gobierno federal de trasladar, en un primer momento, el costo del conflicto al gobierno de Cuauhtémoc Cárdenas, estrechamente ligada a distintas secretarías de Estado, una parte de la nomenclatura de la UNAM no perdonó al jefe de Gobierno su negativa a prestar instalaciones oficiales para impartir clases extramuros, y a usar la fuerza pública en contra de los huelguistas.

Esta situación cambió más adelante, cuando, la policía capitalina golpeó a un grupo de estudiantes, y se agravó a raíz de que, desde el PRD y de la jefatura de Gobierno en manos de Rosario Robles, se hizo hasta lo imposible para levantar el paro y frenar la protesta en las calles.

Muchos estudiantes y maestros universitarios simpatizaban con la izquierda, hacía muchos años que esta corriente política había ganado allí un espacio privilegiado de implantación y desarrollo, en la formación del PRD desempeñaron un papel relevante los cuadros provenientes del CEU y del mundo universitario, toda una generación se incorporó a la lucha política en 1994 a raíz de la insurrección zapatista, multitud de jóvenes participaron en caravanas, concierto, consultas y marchas por Chiapas, y se educaron en ideas-fuerza como el de mandar-obedeciendo, el zapatismo se convirtió en un síntoma, un estado de ánimo sobre lo que debe cambiar, entre zapatistas y estudiantes se habían forjado identidades y solidaridades profundas.

Pero esto no significaba que la huelga fuera una decisión del PRD, del EZLN o de otra organización, menos aún implicó que estuviera dirigida por alguna de estas fuerzas políticas o que su solución pasara por una negociación con ellas, el paro y

la elaboración de su pliego petitorio de seis puntos, fue una decisión de los estudiantes, el movimiento formó sus propias formas de gobierno y se dotó de una dirección *sui generis*.

Portarretrato de la verdadera *ultra*

Desde los primeros días, se acusó a la *ultra* estudiantil de alargar catastróficamente la huelga, sin embargo, una serie de funcionarios universitarios y personales, muchos de ellos provenientes del mundo empresarial, orquestaron las peores campañas de estigmatización en contra de los jóvenes huelguistas y dinamitaron la posibilidad de una solución negociada al conflicto, ellos fueron la verdadera *ultra*, si por *ultra* se entiende una posición política que aspiraba a escalar el conflicto a toda costa.

Tenían ante el diálogo la misma disposición que un prefecto de colegio de monjas, su voluntad de negociación se asemejaba a la de un inspector escolar que ordena: “A ver señoritas... a sus salones, rápido, rápido...”, en los hechos, fueron responsables de que la huelga se prolongara eternamente.

Sus integrantes eran ampliamente conocidos en los restaurantes de lujo del sur de la Ciudad de México, allí despachaban, conspiraban y asumían la representatividad del conjunto de la comunidad universitaria, su ideología es (ellos siguen actuando) una mezcla confusa de las modas intelectuales dominantes en el *Ivy League* de las universidades del este de Estados Unidos y de las más arraigadas tradiciones autoritarias autóctonas, en el santoral al que brindan devoción se encuentran lo mismo las recomendaciones del Banco Mundial que la pedagogía de masas de César Coll, el célebre alcalde panista tapatío que alcanzó la fama con la prohibición del uso de la minifalda, su consigna es: la excelencia sólo entra con manotazos en la mesa, su lema principal: el principio de autoridad no se cuestiona, se acata.

Radicales entre los radicales, hicieron de la mayoría de los medios de información una casa de la risa habitada por espejos deformes, que reflejaban la imagen del resto de los protagonistas del conflicto universitario como una caricatura o una pesadilla, demócratas autoproclamados, sustituyeron la consulta y la realización de asambleas por la toma de decisiones de los designados, partidarios de la acción directa, impusieron por la fuerza ilegales clases extramuros, y decretaron la prohibición de que los partidos políticos intervinieran en la casa de estudios para darle el monopolio de la acción al suyo propio: el PRI.

Aunque la lista de *ultras* era grande, tres de ellos se destacaron por su activo papel en la huelga. Ellos son: El Chino, El Barney y El Barbaján.

No todos son universitarios en activo, es el caso de Alberto Fernández Garza, entonces presidente de la Coparmex, apodado El Chino, no por sus rasgos faciales, sino por sus propuestas políticas, el dirigente del sindicato patronal logró sintetizar en su pensamiento las posiciones de los dos más influyentes líderes de la República Popular China, con Deng Xiaoping sostiene que “ser rico es ser glorioso”; con Mao Tse Tung reivindica una de las acciones más drásticas de la Revolución Cultural, la clausura de las universidades. Fernández Garza planteó que había que cerrar la UNAM algunos años y enviar becarios al exterior.

Aunque Francisco Barnés, El Barney, parecía más un personaje extraído de “El entierro del conde de Orgaz”, de El Greco, su refinamiento político le ha hecho merecedor al sobrenombre del dinosaurio morado que no se distingue por su brillantez en las series de televisión infantil, era conocido, también, como El satánico Doctor No, por el célebre discurso que pronunció en la Plaza de Santo Domingo ante empleados de confianza y profesores vestidos de gris, en el que, en la víspera del primer encuentro formal entre autoridades y huelguistas, dijo No a todo aquello que podría ayudar a solucionar el conflicto: no al Congreso Universitario, no a “ese pretendido diálogo”, no al pase automático... Para rematar, en el mejor estilo *ultra*, afirmó: “No daremos un paso atrás”.

Duro entre los duros, maestro en el arte de usar las leyes contra la justicia, ejemplo del porqué el descrédito de la profesión de abogado entre amplios sectores de la población, Máximo Carbajal Contreras, el Mínimo Barbaján, director de la Facultad de Derecho, hizo de la política del choque y la intransigencia sus mejores armas, chiapaneco de la estirpe de los Roberto Albores Guillén y los Ruiz Ferro, fue reiteradamente señalado como protector de porros.

Oscurcida por los privilegios de una meritocracia que, por regla general, no está fundada en el saber sino en la política cortesana, la *ultra* que chambeaba en rectoría quiso ocultar su responsabilidad en la huelga universitaria.

El heredero del maestro Lombardo

Un grupo de intelectuales universitarios repitieron sobre los estudiantes en huelga lo mismo que sobre ellos decían treinta años antes en el movimiento del 68, según ellos, los jóvenes eran vándalos, ignorantes, provocadores, grillos, manipulados,

ultras, minorías, irracionales, privilegiados, violentos, fósiles, eran cualquier cosa menos lo que de sí mismos afirmaban ser: alumnos en defensa de su universidad.

Olvidaron que la A de la UNAM se conquistó gracias a una huelga de casi dos meses que estalló el 6 de mayo de 1929, y que cuatro años más tarde fue necesario un nuevo paro para ampliar su autonomía, no recordaron que, cuando en 1948 el rector Salvador Zubirán elevó en 10 por ciento el pago de las cuotas, los estudiantes hicieron un paro que forzó su renuncia, eso sí, querían seguir cobrando las rentas de su participación en un 1968 en el que la movilización universitaria cambió para siempre la imagen del país y del gobierno, apenas unos meses atrás, en las jornadas para conmemorar los treinta años de aquella lucha, reivindicaban su lugar en esa historia, y tenían amargamente presente que el rector Jorge Carpizo tuvo que desandar el camino de las reformas aprobadas sin discusión por el Consejo Universitario debido a la huelga estallada por el CEU.

Pero en 1999 las cosas eran distintas al 68, y los que en el 99 actuaron como ellos lo hicieron entonces no merecieron en esta ocasión de su parte más que descalificaciones, se comportaron ante los huelguistas como jubilados que veían en el movimiento una amenaza a su pensión, donde antes reconocían luces, en la huelga vieron sombras; donde ayer encontraban dignidad, en el 99 sólo percibieron el asalto a la razón, los estudiantes huelguistas se convirtieron en el espejo incómodo de lo que ellos alguna vez pretendieron ser.

Vieron en el aumento de las cuotas una mera cuestión administrativa, les pareció un despropósito que la modificación al reglamento general de pagos y la forma en la que se acordó fueran un peldaño más en la escalera que conduce a la reorganización excluyente de la UNAM y la educación superior, no fueron capaces de comprender cómo pudo brotar un movimiento de esa magnitud, para ellos, el descontento nació por la manipulación de quienes usaron a los estudiantes como carne de cañón.

En los usos de su olvido omitieron explicaciones parecidas a las que se dieron sobre los seis puntos del pliego petitorio del movimiento del 68, fueron incapaces de advertir el profundo y genuino descontento que emergió de la huelga.

Según su criterio, ante el tren de las reformas neoliberales no cabía más que postrarse de hinojos o tratar de conseguir un asiento, de preferencia en primera clase, juzgaron inadmisibles la resistencia de los jóvenes universitarios a la dictadura del pensamiento único, vieron en ella un regreso al ludismo, un rechazo sin sentido a la modernidad realmente existente, y, desde su asiento en el tren neoliberal, excomulgaron a quienes buscaron detenerlo, reorientarlo o descarrilarlo.

Sus críticas no fueron las de quienes estaban convencidos de que la huelga no era la mejor arma de lucha de los universitarios, y que resultaba contraproducente a su causa, o a la de quienes sinceramente creían adecuado el ajustar las cuotas a los nuevos niveles de inflación, pero intentaron comprender y llaman a dialogar, no su indignación hacia el paro estaba alimentada por el ánimo de revancha, quisieron cobrar en el 99 la factura que no pudieron hacer buena en el 87.

El descalabró en el asunto de las cuotas se convirtió en una nueva derrota de la razón de Estado que vivía dentro de ellos, por eso se opusieron a que se abrieran las puertas de la negociación pública, por allí, advertían apurados, se colarían todas las otras resistencias.

En los hechos, se parecían enormemente al maestro Vicente Lombardo Toledano, el mismo que en el nombre del socialismo satanizó durante años cualquier lucha contestaria, y que tildó de reaccionarios y aliados del imperialismo lo mismo a ferrocarrileros que a estudiantes del 68, herederos del maestro Lombardo, esos intelectuales dijeron que la huelga universitaria era un movimiento de pobres en solidaridad con los ricos, él no habría dicho nada mejor, ni nada distinto, salvo el acusarlos de ser agentes del imperialismo.

Tres haches

Desde su inicio, la huelga tuvo un comportamiento atípico, poco usual en movimientos similares, su radicalismo y sus formas de organización y lucha sorprendieron a muchos observadores, la desconfianza hacia los dirigentes, la rotación de los voceros, el recelo hacia la prensa, la exigencia de un diálogo público y el nombramiento de comisiones amplias fueron algunas de las características más destacadas del movimiento.

La huelga en la UNAM fue síntoma de un comportamiento político distinto al que, hasta ese momento, habían tenido los movimientos sociales, fue una expresión de la crisis de la cultura política dominante, así como de la incapacidad de las instituciones y del sistema de partidos vigente para representar y encauzar los conflictos protagonizados por nuevos actores.

Herencia, horizonte y hastío comienzan con hache de huelga, de ellas se alimentó el conflicto; desde ellas es posible asomarse a sus raíces y sus razones.

Una parte de los estudiantes que participaron en la huelga universitaria eran hijos de familias que vivieron directamente el movimiento del 68, su herencia política y sentimental, su calendario cívico, estaban marcados por esa fecha.

Quienes en 1999 tenían 23 años y estaban por terminar sus estudios de licenciatura nacieron en 1976, fecha de la primera gran devaluación del peso después de años de estabilidad cambiaria, los que habían cumplido 17 y estaban por entrar a cursar una carrera llegaron al mundo en 1982, año en el que a pesar de la promesa presidencial de defender “el peso como un perro”, la moneda se hundió, los huelguistas fueron parte de una generación que tuvo como horizonte de vida la crisis recurrente en la economía, los efectos de las políticas de ajuste y estabilización y las “salvaciones” del FMI y el Banco Mundial, acompañadas con llamados al sacrificio de hoy a cambio del bienestar para un mañana que nunca llega.

Vieron cómo se erigió ese monumento a la impunidad conocido como Fobaproa, supieron del fracaso de las privatizaciones y de los grandes negocios realizados bajo la máscara de la modernidad, se indignaron ante el espectáculo de un sistema judicial que emite salvoconductos para todo aquel que tenga recursos suficientes para comprar la justicia, y observaron el deterioro de la imagen de la educación pública superior, al tiempo que ganaban prestigio las universidades privadas.

Había un nexo evidente entre estos hechos y la reforma que promovieron las autoridades para la UNAM, los huelguistas percibieron esta asociación afectiva o racionalmente, la teorizaron o simplemente se indignaron, su movimiento expresó el rechazo a aceptarla como inevitable.

La lucha estudiantil mostró también el hastío hacia una cierta forma de hacer política, por principio de cuentas, hacia la que regulaba el gobierno de la UNAM, pero también, hacia la que organizaba la cadena mando-obediencia en el conjunto de la sociedad, lejos de ser una “anormalidad”, su comportamiento político condensó tendencias vivas en el conjunto de las luchas populares emergentes.

Durante esos años, el interior de muchos movimientos sociales existía una tradición antipartidista y una desconfianza en la política institucional, en su funcionamiento interno, establecieron mecanismos de coordinación relativamente descentralizados y forjado liderazgos colectivos, a mediados de los ochenta, y después, de manera acelerada, con el surgimiento del cardenismo, estas tendencias comenzaron a desvanecerse.

Sin embargo, en 1999-2000 volvió a brotar la suspicacia hacia la participación de los partidos políticos al interior de los movimientos y el temor a ser utilizados por las dirigencias, ello fue resultado, en parte, de que la incorporación de representan-

tes de organizaciones sociales a la política parlamentaria o a gobiernos locales ha arrojado pocos resultados, en el caso de la UNAM, a la incursión en la política institucional y el gobierno de Cuauhtémoc Cárdenas en la Ciudad de México de muchos activistas del Consejo Estudiantil Universitario (CEU).

Una "ruta" similar fue seguida para la formulación de las demandas, las organizaciones populares que en los 80's buscaron pasar de la "protesta a la propuesta" en sus reivindicaciones vieron surgir, de entre sus mismas bases, nuevos agrupamientos que reivindicaban nuevamente la protesta, y que levantaban peticiones muy elementales, usualmente asociadas con la sobrevivencia inmediata (como bultos de fertilizante o láminas, en el caso de las organizaciones campesinas), y que, con frecuencia, acompañaban sus exigencias con acciones radicales, en las que la dignidad tiene una gran importancia.

Durante años, dotados de autoridad moral, un conjunto de personalidades del mundo intelectual o de la política desempeñaron en situaciones de excepción una influencia relevante en momentos clave de la vida nacional, básicamente como mediadores, pero al momento de estallar la huelga universitaria, la mayoría de esos personajes se ha incorporado a partidos políticos o a la administración pública, el papel de "amortiguador" social que desempeñaban se había diluido y su capacidad de convocatoria y mediación, desvanecido.

No era una novedad el que en los movimientos sociales contestatarios participaron tanto grupos radicales como agentes gubernamentales infiltrados, en ocasiones unos y otros son lo mismo, pero, la inmensa mayoría de las veces, no lo son, sí lo es, en cambio, que las tendencias más radicales ganen la conducción de las luchas, y sus propuestas de acción sean seguidas, o cuando menos avaladas, por la mayoría de los participantes.

En el caso de la UNAM, la radicalización de la huelga caminó del brazo de la negativa de las autoridades de esa casa de estudios a reconocer al CGH como el interlocutor válido para resolver el conflicto, de la visión deformada y grotesca de los estudiantes y su movimiento que hicieron muchos medios de comunicación, del rechazo a negociar a partir del pliego petitorio de seis puntos elaborado por los huelguistas y de la pretensión de resolver el conflicto por la vía del desgaste y el uso de la fuerza pública, también actuaron a favor de la polarización de posiciones el fantasma del fracaso del congreso universitario de 1990, los intentos de una parte de la dirección del PRD en el Distrito Federal de negociar el conflicto al margen de su representación legítima, el uso de la policía y los granaderos en contra de huelguistas en un par de ocasiones y el secuestro de dirigentes estudiantiles.

La composición social del movimiento favoreció su radicalidad, muchos de los jóvenes que asistían entonces a la UNAM provenían de familias con ingresos que difícilmente superaban los tres salarios mínimos, sus expectativas de movilidad social por medio de la educación se redujeron, eran la representación viviente de los efectos de las políticas de ajuste y estabilización, su acceso a libros era limitado y su lectura de prensa escrita más bien escasa. A diferencia de otras generaciones, no tenían como referencia de autoridad moral a los intelectuales comprometidos con las causas sociales.

El desprecio y la desconfianza hacia la política y los políticos estaban extendidos en el movimiento estudiantil, como lo están en muchos rincones de la sociedad, no era algo nuevo en el país, en donde usualmente se le ha asociado con politiquería y deshonestidad, sin embargo, este malestar respondía a causas distintas, y era compartido por estudiantes y otros sectores sociales.

A pesar de las posibilidades de alternancia, del incremento en la competencia electoral y de la enorme cantidad de recursos económicos y publicitarios que se invierten en las campañas, la mayoría de las elecciones locales habían tenido altos niveles de abstención, en parte, ello era resultado de la imagen negativa que se tenía de la clase política en la opinión pública.

El fracaso del congreso universitario organizado a raíz de la huelga de 1987 y los diálogos de San Andrés entre el gobierno y el EZLN influyeron en la dinámica del paro, ambos fueron la evidencia de que, si todo conflicto necesariamente culmina con una negociación, no cualquier negociación puede terminar con el conflicto, un mal arreglo conduce inevitablemente a un nuevo pleito, son emblemas de los trucos del poder para incumplir lo pactado.

Herencia, horizonte y hastío alimentaron la protesta universitaria, la lucha estudiantil anticipó muchas de las características que los movimientos sociales tendrían en el futuro inmediato.

El día después

Atrapado sin salida, víctima de su propia intransigencia, el 12 de noviembre Francisco Barnés renunció a la rectoría, cinco días después, el 17 de noviembre, fue designado al frente de la institución Juan Ramón de la Fuente, secretario de Salud del gobierno de Ernesto Zedillo, casi un mes después, el 10 de diciembre, se firmaron cuatro puntos en la mesa de diálogo: 1) El diálogo es la única vía para resolver el

conflicto; 2) La agenda para el diálogo son los seis puntos del pliego petitorio; 3) El diálogo será transmitido en directo por Radio UNAM y TVUNAM; 4) El CGH es el único interlocutor para la discusión y solución del pliego petitorio.

A partir de ese momento la situación se aceleró, el 11 de diciembre fueron detenidos varios estudiantes durante una movilización, en respuesta, el CGH decidió suspender el diálogo hasta que no se tuvieran condiciones para restablecerlo.

El 6 de enero de 2000 las autoridades universitarias pasaron a la ofensiva, el Consejo Universitario anunció la realización de un plebiscito el 20 de enero, para someter a consideración de la comunidad la solución del conflicto, intelectuales de renombre apoyaron la iniciativa, en los hechos, avalaron la inminente represión, en la madrugada del 5 al 6 de enero, entró la Policía Federal Preventiva a la UNAM.

La PFP ocupó la UNAM, no para solucionar el conflicto sino para restablecer el principio de autoridad, en nombre del estado de derecho detuvo a 737 estudiantes y académicos para abrogar la gratuidad de la educación, violó la ley y la autonomía universitaria, no para restablecer la libertad de cátedra sino para satisfacer la sed de venganza de los tiburones de las finanzas, los medios de comunicación y el alto clero, enervados con la huelga.

Militares disfrazados de policías se apoderaron de las instalaciones universitarias y tomaron como rehenes a centenares de jóvenes, pero no resolvieron el problema, al apelar a la violencia y al engaño, Juan Ramón de la Fuente mostró su verdadero rostro, si los encuentros con la comunidad y la realización del plebiscito le habían dado el consenso que nunca tuvo Francisco Barnés, la ocupación policiaca de Ciudad Universitaria le hizo perder legitimidad abruptamente, ciertamente, el golpe de mano le valió el aplauso de los cacerolistas con piel de "demócratas" que desde siempre llamaron a restaurar el "estado de derecho" en la institución, y el beneplácito de la nomenclatura universitaria que veía en la huelga un reto a sus privilegios, pero lo descalificaron moral y políticamente, al igual que su antiguo patrón, el presidente Zedillo, el rector mostró que hizo del doble discurso y de los llamados al diálogo una "cortina de humo" que oculta una política de mano dura.

La intervención de la fuerza pública abrió una herida social, de hecho, ésta ya existía desde antes, desde que la clase política en su conjunto y un sector de la intelectualidad fueron incapaces de entender la naturaleza del conflicto, y optaron por descalificarlo en lugar de comprenderlo, pero a raíz de la intervención de la fuerza pública, el daño fue mayor, si la generación que forjó el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en 1986, se "vació" en la formación del PRD, como herencia del CGH quedó una lesión sin sanar: cientos de activistas lastimados, radicalizados e

incomprendidos por los partidos políticos tradicionales que no tienen vías de inserción ni acomodo en los circuitos de la política institucional.

Durante meses, se acusó a los estudiantes de traficar y consumir drogas en el *campus*, la PFP encontró, sin embargo, solo cuatro macetas con pequeñas plantas de mariguana, en los hechos, el tráfico de drogas en la casa de estudios fue prácticamente erradicado durante los meses que duró la huelga, esas cuatro plantas representaban una pequeñísima cantidad de los estupefacientes que circulaban en el *campus* antes del inicio del movimiento o del comercio de estimulantes que se practica en los centros educativos privados de excelencia.

De la misma manera, afirmaron que dentro de Ciudad Universitaria había un gran arsenal, que las instalaciones educativas estaban desechas, que el movimiento era sostenido por organizaciones sociales o que los estudiantes eran violentos, en lugar de explicar las demandas que dieron origen al movimiento, se construyó una leyenda negra sobre los huelguistas elaborada a partir de los rasgos raciales de algunos de sus integrantes o de su forma de vestir y peinarse, y sobre estas denuncias sin fundamento se preparó el terreno para justificar la represión a los estudiantes.

Nueve meses después la leyenda negra se derrumbó como un castillo de naipes, el discurso oficioso sobre los huelguistas no resistió la prueba de los hechos, la PFP no encontró una sola arma de fuego, una parte de las bombas molotov que se presentaron a la opinión pública no eran tales sino envases de plástico de refresco con gasolina en su interior, varios funcionarios universitarios testificaron que no había un grave deterioro de las aulas y equipo de trabajo, y denunciaron cómo los medios habían magnificado el incidente, los detenidos el 6 de febrero no se resistieron al arresto y entre ellos no se encontraban integrantes de las organizaciones sociales a las que se quiso responsabilizar de la huelga.

En lo que fue una violación de los derechos humanos, se detuvo por la fuerza a 745 personas con sólo 432 órdenes de aprehensión, negándoles el derecho a saber quién los acusaba y qué cargos se les imputaban, sin permitirles ser defendidos por un abogado nombrado por ellos mismos, sin autorizarles llamar a sus familiares y ejerciendo tortura física y psicológica contra varios de ellos, como si no fuera un hecho vergonzante que el Poder Judicial haya actuado por consigna del Poder Ejecutivo, todo de la mano cómplice de la CNDH.

A representantes de un movimiento social con demandas legítimas se les declaró formalmente presos y se les negó obtener su libertad bajo fianza argumentando que son un "peligro social", la responsabilidad de los detenidos no era distinta de la

de decenas de miles de jóvenes que hicieron la huelga. ¿Qué delito cometieron quienes están en la cárcel en el que no hayan incurrido quienes participaron en la huelga?

La leyenda negra sobre el movimiento estudiantil se esfumó, pero se condenó a un grupo de estudiantes con base en ella.

El PRD y el conflicto en la UNAM

La huelga en la UNAM tuvo un grave costo político para el PRD, la burocracia académica, el sector más radicalizado del movimiento estudiantil, el gobierno federal, la izquierda extraparlamentaria y la derecha intelectual lo hicieron blanco de sus críticas, enredado en sus disputas internas, ese partido ha sido incapaz de responder a los reproches.

La nomenclatura universitaria lo responsabilizó del estallido del conflicto y de su falta de solución, amplios sectores del movimiento estudiantil lo miraron justificadamente con recelo y desconfianza por el intento, de parte de la dirección perredista en el Distrito Federal, de negociar una salida al margen del CGH, y por el apoyo que una parte de sus militantes otorgó a las reformas al Reglamento General de Pagos.

A lo mejor por la cercanía del Día de Muertos, el 29 de octubre, Francisco Labastida se disfrazó de Mary W. Shelley y escribió una nueva versión de *Frankenstein*, el viejo mito de la criatura surgida de la mano del hombre que escapa a su control, de acuerdo con el precandidato del PRI a la Presidencia de la República, el PRD creó en la UNAM un *Frankenstein* –el CGH y “se le salió de las manos” con el grupo de *ultras* que le ganó el movimiento.

Detrás de la metáfora de la huelga como monstruo el exsecretario de Gobernación lanzó una advertencia, aunque el gobierno tratara de arreglar el conflicto universitario con el PRD desde arriba, no podría solucionarlo abajo; cualquier arreglo con los cardenistas estaba condenado, de antemano, al fracaso, porque no controlaban en ese momento el movimiento, en eso, por una vez, el funcionario tenía razón.

Cárdenas fue declarado por el Consejo General de Huelga (CGH) *non grato* después de que la policía de la Ciudad de México golpeó y detuvo a 100 estudiantes el 4 de agosto, nueve días después, durante una manifestación de protesta, grupos de paristas corearon consignas en su contra y rompieron carteles con su imagen.

La derecha intelectual señaló insistentemente la falta de compromiso del PRD con la cultura de la legalidad.

Ante la huelga en la UNAM, el partido del sol azteca careció de una posición articulada de su militancia en la universidad y de definiciones claras de su dirección, más allá de acuerdos generales a favor de la educación pública y la preocupación de que el conflicto afectaba la imagen del gobierno de la Ciudad de México, no existía en sus filas una orientación unificada sobre qué hacer ni cómo hacerlo.

Los militantes del PRD en la UNAM no estaban coordinados entre sí, pertenecían a las distintas corrientes que actuaban al interior del movimiento estudiantil o de las agrupaciones del personal académico, provenían de las diferentes fuerzas políticas que fundaron el partido.

Además, como hemos señalado líneas arriba, una parte de sus principales líderes estudiantiles, principalmente aquellos que prevenían de la huelga de 1986, se convirtieron en funcionarios del gobierno de la Ciudad de México, perdieron sus vínculos con la lucha universitaria, y su lugar en el movimiento fue ocupado por aquellos que permanecieron en trabajo político en ese centro educativo, las nuevas generaciones de dirigentes que simpatizaban con sus posiciones quedaron rápidamente desplazadas de la conducción de la lucha.

Desde el comienzo del conflicto, la gestión cardenista fue objeto de múltiples presiones para intervenir en contra de la huelga, se negó a facilitar edificios propiedad del gobierno de la ciudad para la realización de clases extramuros y, hasta el 4 de agosto, rechazó el que la fuerza pública fuera utilizada para desalojar a los huelguistas de las instalaciones de la UNAM, la movilización estudiantil coincidió, además, en sus primeros tres meses, con la ofensiva en los medios de información en contra de Cuauhtémoc Cárdenas, desatada alrededor del asesinato de Paco Stanley.

Sin embargo, funcionarios capitalinos y una parte de la dirección del PRD en el Distrito Federal buscaron negociar o negociaron el conflicto al margen del CGH, estudiantes perredistas trabajaron por levantar la huelga y actuaron al margen y en contra de las asambleas donde se toman las decisiones, intelectuales vinculados al cardenismo insistieron de manera reiterada en que el conflicto en la UNAM dañaría al gobierno de la ciudad y, por lo tanto, hay que desactivarlo, independientemente de la solución que se diera a las demandas.

Ello provocó el descrédito del perredismo entre muchos activistas que no se identificaban necesariamente con las posiciones más radicales, y grandes dificultades para que los militantes de esa organización pudieran trabajar dentro del movimiento sin suspicacias.

El PRD fue claramente rebasado por el movimiento, pagó por ello un alto costo.

Cauhtémoc en la UNAM

El 22 de junio de 2000, el candidato presidencial Cuauhtémoc Cárdenas realizó un gran acto en la UNAM, el evento fue la imagen simultánea de un éxito y un desencuentro, de un triunfo y una derrota: en un extremo 40 mil asistentes en apoyo de Cuauhtémoc; en el otro, un grupo de unos mil jóvenes repudiando la entrada del candidato de la Alianza para el Cambio a Ciudad Universitaria.

Éxito, porque, a pesar de casi un año de paro y de choques entre el CGH y el gobierno de la Ciudad de México y el PRD, el cardenismo mostró tener músculo electoral en la comunidad universitaria, desencuentro, porque el grupo de estudiantes que abucheó a Cárdenas y sus compañeros durante dos horas es, al igual que quienes asistieron al acto de campaña, fueron protagonistas destacados de la lucha en defensa de la educación pública y los derechos sociales.

Triunfo, porque había muchas fuerzas interesadas en hacer fracasar el mitin en la UNAM, derrota, porque evidenció que la fractura existente entre el principal partido de centro-izquierda en el país y quien debería ser su base social natural, era irreversible.

Como quedó evidenciado a partir de entonces, el distanciamiento entre instituciones políticas y movimientos sociales emergentes tuvo graves consecuencias para la vida política nacional, el cardenismo, como fuerza político-social, fue parcialmente resultado de una convergencia entre actores políticos institucionales y movilizaciones populares desde abajo, el mitin de 2000 en CU mostró que ese encuentro había llegado a su fin.

12 años antes de ese mitin, la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas tuvo un impulso acelerado a partir de su entrada en Ciudad Universitaria, en la organización de ese acto fueron claves los alumnos y profesores que, desde las filas del CEU, protagonizaron durante 1986 una huelga y una negociación para frenar el aumento de las cuotas, el abanderado del Frente Democrático Nacional se convirtió en el candidato de la juventud inconforme y de las fuerzas de la cultura, muchos activistas estudiantiles de aquel entonces participaron en la formación del PRD, en 1999 eran ya parte de la nueva clase política que administraba gobiernos locales u ocupaba puestos de elección popular, eso ya no volvió a repetirse.

El CGH se echó una pulsada con Cárdenas y perdió, aislado de las asambleas estudiantiles y de la comunidad universitaria, autocondenado a hacer política testimonial, señaló que la visita era un acto de oportunismo, justificó su actitud diciendo que era una provocación, que Cárdenas había agraviado al movimiento como

jefe de Gobierno, y que la verdadera razón detrás de la convocatoria era reposicionar al PRD en la perspectiva del próximo Congreso Universitario.

El CGH enfrentó la convocatoria cardenista como si fuera una mera prolongación de los conflictos internos de su movimiento y no un acto que con mucho lo rebasaba, se colocó en un terreno donde no tenía nada que ganar, más allá de que no fuera la demostración de su ira, por el contrario, Cárdenas fijó su posición a favor de la educación pública gratuita, finalmente, sus resultados electorales en ese año fueron decepcionantes, quedó en un tercer lejano lugar.



Los estudiantes que protagonizaron la huelga en la UNAM de 1999-2000 dieron una batalla ejemplar contra el neoliberalismo, desnudaron la pretensión gubernamental y de las autoridades universitarias de convertir derechos en servicios, y de romper la solidaridad intergeneracional, evidenciaron la estructura autoritaria del mandarinato que gobierna la institución, llevaron su lucha fuera de las aulas, muchos de sus participantes son hoy dirigentes populares ejemplares, anticiparon un buen número de los rasgos que asumirían, a partir de entonces, los movimientos populares, anunciaron el regreso de la lucha de clases sobre la lucha ciudadana.

En los hechos, el movimiento cosechó un triunfo enorme, la hache de la huelga sembró su semilla, las nuevas generaciones la cosechan.